

De cínicos a críticos

Por Santiago Mejía

Colombia, país sin raza ni memoria, en donde no existe la empatía, la comprensión ni el sentido humano crítico, donde somos controlados en un mundo retratado por Aldoux Huxley. Quizá sea falso y no entendemos bien qué es lo que pasa para que nuestro Estado esté como está, quizá todo lo que hemos vivido sea una mentira y estemos fuera del sistema, quizá no tengamos memorias porque nada nunca pasó; solo quizá los falsos positivos no existieron, la violencia bipartidista fue un engaño mediático, los abusos de la fuerza y de autoridad sean una paranoia de aquellos seres de oposición que desean desestabilizar el país para traer anarquía o, tal vez, quizá todo sea cierto y lo sepamos, pero no lo entendemos.

De manera curiosa, Colombia es uno de los Estados más viejos del mundo, a pesar de haberse fundado hace relativamente poco, también cargó una de las constituciones más completas y antiguas de la historia, aún más antigua que la estadounidense de 1787, teniendo en los recursos más antiguos de declaración de las Indias en su Carta Magna (conocidas como las Nuevas Leyes de 1542) que es uno de los ejemplares de más añejos del “protoconstitucionalismo” con índices constitucionalistas, en la época de la colonia Austria antes de los Borbones. Sin embargo, es extraño que en los gobiernos, en la agenda de obligaciones en la educación media no esté contemplado (o, al menos, hasta hace un par de meses) la materia de Historia de Colombia, llevando ahí unas preguntas clave: ¿Por qué deberíamos ver historia? ¿Es necesario saber que nuestros comportamientos contemporáneos son un reflejo de nuestro comportamiento/necesidades coloniales y postcoloniales? ¿Es necesario comprender las diferentes revoluciones de manera crítica por fuera de la historia convencional? ¿Acaso nos importa saber por qué razón surgieron las guerrillas y las AUC en nuestro territorio? ¿Nos es relevante entender todo

esto? Pues tal parece que no, que toda esta información es completamente innecesaria e inútil o, al menos, eso es lo que nos quieren hacer creer quienes deciden qué debemos ver o no.

Estamos claramente en un balance, pero en uno entre Huxley (*Un mundo feliz*) y Orwell (*1984*), en donde por una parte nos bombardean con información (solo a los afortunados que no nos bombardean con otras cosas), haciendo que la verdad se pierda en un mar de irrelevancia sin ser ocultada, volviéndonos seres pasivos y cínicos. Por otro lado, se entra en el equilibrio, pues sí existe una censura y un maquillaje a la realidad, ya que nos intentan prohibir comprar libros como *Dejad que los niños vengan a mí* o escuchar bandas como “Joy Division”, entre otras, por parte de algunas instituciones sin una razón verdaderamente justificada más allá de la excusa precaria malgastada de la “edad”. Prontamente, serán censurados cantantes que narran la historia de nuestra gran patria como 1280 Almas, Óscar Humberto Gómez, Aterciopelados, Systema Solar, Flaco Flow y Melanina, Los Speakers, el Joe Arroyo, La Etnia, entre otros muchos, por el simple hecho de que nuestra historia no es apta para todas las edades. De manera obvia, estas instituciones (la referencia de las instituciones se hace hacia aquellos centros educativos que se están dedicando a hacer estos actos) tienen toda la razón, pues es muy polémico saber que existieron grupos ideológicos a principios del siglo XX, los cuales degollaban personas por el simple hecho de tener una camisa de color rojo o azul y, de manera totalmente racional, se acepta convivir con comportamientos misóginos, machistas e intolerantes en nuestro día a día, dentro de estas instituciones, pues claramente es lo más racional del mundo. El equilibrio está ahí contemplado, en donde no vivimos ni en la distopía de uno ni del otro, sino que vivimos en la distopía de ambos.

Francamente, somos una nación de cínicos, pues es de las pocas características que compartimos de manera casi homogénea, además del gobierno que tenemos. Hay que ser críticos con todo: las lecturas, situaciones,

sucesos y opiniones. Un claro ejemplo es el artículo publicado la edición de noviembre de este mismo periódico llamado “¿Casualidad? No lo creo”, por Juan Felipe Blanco, en donde trata temas delicados sobre la situación política, cultural y económica de los Estados Latinoamericanos sin hacer ningún tipo de profundidad en estos aspectos; sin embargo, el artículo no es invalido, solamente es parcial, pues se usan las fuentes poco profundas que todos los colombianos tenemos que son Caracol y RCN, canales que son conocidos por su parcialidad y su falta de integridad como medios de comunicación, a causa del contexto histórico cultural colombiano. Desde una perspectiva un poco más amplia, se consagran también las protestas que hubo después de que los militares de Bolivia crearon presión cultural y social al ex mandatario Evo Morales antes de terminar el tiempo de la previa elección; además, sumado todos los homicidios a manos de las fuerzas bolivianas contra la parte del pueblo que mostró su unidad con su exmandatario. No deseo decir que esto es lo único que pasó, solo digo que se deben ver los otros puntos de vista e insisto, desde de la vista de un politólogo, que la corrupción no diferencia izquierda, derecha o centro.

Gradualmente, en Colombia se ha visto un cambio de direccionamiento en las influencias del poder político, viendo cómo en los años 2002 y 2006 no hubo necesidad de una segunda vuelta electoral en las elecciones presidenciales. Después en los años 2010 y 2014, hubo un desbalance en la opinión electoral haciendo que en la primera fecha existiera segunda vuelta, pero ganando las clases predominantes en el poder, mientras que en el 2014 hubo una segunda vuelta ganando la leve oposición; hasta que ahora, en las elecciones del 2018, se presentara una gran cercanía por parte de un sector que nunca ha estado en el poder, aunque terminó ganando la clase predominante. En las elecciones locales y regionales del 2019, se vio este cambio abrupto en las peticiones y necesidades del pueblo, mostrando así su descontento con estas clases, mostrando gran fuerza las clases alternativas.

Hasta ahora, con este rumbo de ideas, se tiene que entender y reconocer que hay un descontento con el actual gobierno de la clase predominante, la cual está dirigiendo como si estuviéramos a comienzos del siglo nuevamente, ignorando las necesidades actuales. Por todo esto, el Estado ha incumplido las peticiones del pueblo, causando que se comience una ola de movimientos cívicos a nivel nacional, los cuales estallaron con la noticia de los tres niños que fueron asesinados durante una operación “impecable, metodológica y sin fallas” por parte del Ejército contra un grupo disidente de las FARC, tres niños que después se convirtieron en ocho y, por último, en 18 menores de edad que sufrieron el asesinato a sangre fría por parte del Estado colombiano, además de extrañas circunstancias de muerte, en conjunto con el engaño hacia el pueblo y el intento de pasarlos como guerrilleros (falsos positivos), cosa que derivó en la renuncia del exministro de Defensa, Guillermo Botero.

Juntos, grandes sectores de la sociedad se unieron y convocaron una movilización nacional para el 21 de noviembre, acción que movió sensibilidades en gran parte de la población colombiana y sus clases oligarcas, creando noticias falsas, odio, división, entre otros, sobre todo por parte de un partido con gran influencia y fuerza conocido por un par de crocs. La situación para esta gran movilización se hizo por muchos motivos y la gota que sobrepasó el vaso fue la muerte de estos niños. Para comenzar, citaron por el cumplimiento de los Acuerdos de Paz, a los cuales el gobierno de Iván Duque les hace más ojos ciegos que a la misma movilización; por el cumplimiento por lo pactado en la movilización del año pasado en el mes de noviembre; por la responsabilidad del estado en casos de violencia estatal contra la población civil; por la defensa del medio ambiente, pues se han creado varias propuestas que afectarían a estos de manera contundente, como el fracking, la caza de tiburones, la venta de páramos, entre otros; por los movimientos indígenas, que han sido ignorados y condenados por parte del gobierno; en contra del artículo 44 del Presupuesto General de la Nación que

dice lo siguiente: *las universidades estatales pagarán las sentencias o fallos proferidos en contra de la Nación con los recursos asignados para estas*; para mostrarse en apoyo con los líderes sociales del país que el gobierno ignora y deja morir; en contra a la corrupción en entes estatales y universidades; en contra de las reformas laborales que afectarían principalmente a los jóvenes, que incluye la contratación por horas y la reforma al salario mínimo, la eliminación de la pensión como derecho a los trabajadores; entre muchas otras razones legítimas y válidas para marchar según lo contemplado en el artículo 37 de la constitución colombiana de 1991.

En la marcha convocada para el anterior jueves se rodeó de odio y miedo para hacer que la ciudadanía se abstuviera de apoyarla; sin embargo, según muestran los índices no oficiales, esta marcha ha sido de las más apoyadas a nivel nacional en las últimas décadas, haciendo que se movilizaran cientos de miles de personas por las calles del país para exigir sus derechos y pedir ser escuchados por el gobierno. La movilización fue, de manera mayoritaria pacífica, en donde los mismos manifestantes rechazaron y echaron a varios vándalos que intentaron crear estragos en las ciudades; empero, después de unas horas en las marchas, el Estado empezó a arremeter contra el pueblo vocero que, a pesar de las injusticias que comete el ESMAD al atacar a grupos pacíficos, se siguió con la idea de “No violencia”. Avanzadas las horas empezaron a llegar grupos misterio de gente encapuchada que empieza a crear provocación violenta, creando una acción igual por parte del ESMAD que se continuó en el transcurso del día y la noche. Pequeños enfrentamientos continuaron en el día con el foco en estudiantes, los cuales, en su mayoría, eran pacíficos y los videos los muestran como tales, así como la manera en cómo las fuerzas del Estado siguen arremetiendo contra ellos. Entrada la noche, se convoca los cacerolazos debido a la falta de importancia que dio el gobierno a la movilización. Esta acción se hizo con el fin de hacerse escuchar de manera pacífica por todo el país. El día siguiente, los manifestantes, de

manera pacífica con sus cacerolas y ollas, se mueven por el país mostrando su voz y, en reacción, las fuerzas del gobierno arremeten contra ellos. En la noche, Bogotá se sumerge en un toque de queda, 42 años después del último en esta ciudad; corre el caos y el vandalismo, surgen teorías como la del pánico que argumentaban todo como una estrategia para sembrar el miedo en la población para parar las manifestaciones, lo mismo videos que los respaldan. Las acciones pacíficas en contra del gobierno se siguen mostrando en los siguientes días; sin embargo, la brutalidad policial aumenta, dejando a varias personas heridas de gravedad y posibilidad de muerte en el país. El pueblo no desea callar ante tales injusticias y continúa su lucha pacífica generando presión para que haya unas respuestas. Iván Duque convoca reuniones con los líderes del Paro, después de varias reuniones con otros gremios.

En el presente, no se desea satanizar ni culpabilizar totalmente de la situación colombiana al Estado ni a las fuerzas públicas, entendiendo que ha habido grandes abusos en contra del pueblo por parte de estos, los cuales no se pueden negar. Pero también hay que entender que no toda la fuerza pública es mala, como un sector nos lo desea mostrar; las acciones de las fuerzas tienen un trasfondo cultural, social y económico, conociendo que gran parte de quienes conforman estas unidades vienen de situaciones de gran pobreza y se expresa como una esperanza de avanzar. Igualmente, conocemos que hay un gran sector de estos que son personas honradas y luchan por el pueblo. Empero, reconocer que los altos mandos suelen ser seducidos por ofertas sucias de políticos para que respondan de cierta manera y engañen a sus fuerzas y su pueblo.

Igualmente, hay que mostrar que Colombia estos días ha generado decepción, mostrando lo peor de sí. Claramente, hubo vandalismo que no fue aceptado y fue satanizado por quienes estaban en la marcha y la sociedad en general, pues no representan quiénes son, ni qué desean. La marcha fue diseñada para

mejorar, pero que un grupo de personas con falta de empatía y cínica se lo tome para generar caos, miedo, destrucción y robo contra su mismo pueblo es lo peor que le pudo pasar a Colombia: eso muestra que el problema no es el gobierno, sino que el problema es el mismo pueblo, pues cuando se actúa así, se es parte del problema.

En Cali y en Bogotá, en las noches de toque de queda, siempre se escuchaban y leían comentarios absolutamente xenófobos contra una población vulnerable extranjera; esto muestra la gran ignorancia, irresponsabilidad e idiotez que hay en el país, pues en épocas anteriores, cuando Colombia estaba sumergido en guerra y crisis, estos países vecinos nos aceptaron en sus hogares, dándonos trabajo, oportunidad y estabilidad y, en respuesta ahora a lo que ellos necesitan, respondemos con odio e ira contra una población que no tiene nada que ver. Antes la culpa de todo mal eran los guerrilleros, después el castrochavismo, ahora todo el mal del mundo lo tienen los manifestantes, los venezolanos y el Foro de Sao Paulo. ¿Cuándo aprenderá Colombia que la culpa de su situación es Colombia? La culpa de la crisis interna colombiana no la tienen los venezolanos, no la tiene la guerrilla, no la tienen los paramilitares, no la tiene el foro de Sao Paulo, la culpa de la crisis colombiana la tiene Colombia. Hay que dejar de ver a otro lado y ver qué pasa acá, toda esta propaganda es para infundir el miedo y vendernos seguridad para que sigan ganando las clases oligarcas. Hay que dejar de ver lo que nos muestran y empezar a ver por nosotros mismos.

*“La verdadera tiranía en Colombia, todos lo sabíamos, se llamaba
Violencia, una emperatriz con velos negros y guantes ensangrentados,
pies de arcilla y pecho de plomo, con el vientre estéril, la vagina supurante
y las ubres pródigas, amamantando a sus hijos con una leche envenenada
que sesgaba la vida en cuestión de horas y a veces en asunto...”*

Carlos Fuentes, 2016.